

LECCIÓN II

LA EDUCACIÓN ENTRE LOS GRIEGOS

La pedagogía griega. — La educación ateniense y la educación espartana. — Las escuelas de Atenas: escuelas de gramática; escuelas de gimnástica, las *palestras*; escuelas de música. — Las escuelas de retórica y de filosofía. — Sócrates y el método socrático. — La ironía. — La mayéutica ó el arte de dar á luz los espíritus. — Ejemplos de ironía y de mayéutica, tomados de las *Memorables* de Jenofonte. — Platón y la *República*. — La educación de los guerreros y de los magistrados. — La música y la gimnástica. — La religión y el arte en la educación; lo bello y el bien. — La alta educación intelectual. — Las *Leges*: definición de la educación: prescripciones de detalle. — Jenofonte. — La *Económica* y la educación de la mujer. — La *Ciropeдия*: protestas de Jenofonte contra las costumbres degeneradas de los Griegos. — Aristóteles. — Carácter general de su pedagogía. — Educación pública. — Desarrollo progresivo de la naturaleza humana. — Educación física. — Educación intelectual y moral. — Defectos de la pedagogía de Aristóteles y, en general, de la pedagogía griega.

La pedagogía griega. — Sobre esa tierra privilegiada de la Grecia, en esa brillante Atenas, floreciente en artistas, en poetas, en historiadores y en filósofos; en esa ruda Esparta, célebre por su disciplina y por sus virtudes viriles, la educación fué más bien el fruto espontáneo de la naturaleza, el producto natural de la diversidad de costumbres, de caracteres y de razas, que el resultado premeditado de una acción pensada, de la voluntad humana. Grecia tuvo, sin embargo, su pedagogía, porque tuvo sus legisladores y sus filósofos: los unos, que reglamentaban, en la práctica, los detalles de la educación; los otros, que buscaban en sus teorías los principios esenciales del desarrollo de las almas humanas. Tanto tratándose de la educación como de todo lo demás, la vida superior del espíritu en los pueblos modernos

se ha desarrollado bajo la influencia de la antigüedad griega (1).

La educación ateniense y la educación espartana. — Lo que desde luego llama la atención en el espectáculo que nos ofrece Grecia, por oposición con la inmovilidad y unidad de las primitivas sociedades de Oriente, es el desenvolvimiento más libre de las facultades humanas y, por consecuencia, la diversidad de tendencias y de costumbres. En las repúblicas griegas, el individuo está, sin duda, subordinado siempre al Estado. Aun en Atenas, se hace todavía poco caso de la dignidad propia de la persona humana; pero el Estado ateniense difiere profundamente del Estado espartano y por lo tanto, la vida se comprende y se dirige de muy distinta manera en esas dos grandes ciudades. En Atenas, sin despreciar el cuerpo, ocupábase mucho en el espíritu; la cultura intelectual se lleva al grado de convertirla en refinada y los buenos oradores se aplauden hasta el punto de que acababan por abusar de la palabra y del razonamiento y por merecer el desacreditado nombre de sofistas. En Esparta, sacrificase el espíritu al cuerpo; las cualidades preferidas son la fuerza física y la aptitud militar; sólo se piensa en formar atletas y soldados, y la sobriedad y el valor, pero también la ignorancia y la brutalidad son los resultados de esa educación demasiado exclusiva. Montaigne ha puesto de relieve, no sin alguna parcialidad por Esparta, el contraste de ambas educaciones:

« Iban — dice — á las otras ciudades de Grecia, á buscar retóricos, pintores y músicos; y legisladores, magistrados y emperadores de ejército, en Lacedemonia; en Atenas se aprendía el buen decir; en ésta, á obrar bien; allí, á defenderse de un argumento sofisticado y á rebatir la impostura de las palabras enlazadas capciosamente; aquí á defenderse de las tentaciones de la voluntad y á rebatir con gran valor las amenazas de la fortuna y de la muerte: aquéllos se ocupaban en las palabras y éstos en las cosas; allí era un continuo ejercicio de la lengua; aquí un continuo ejercicio del alma (2). »

(1) Véase á este respecto el excelente estudio intitulado: « *Les doctrines pédagogiques des Grecs* », por Alexandre Martin, (2) Montaigne, *Ensayos*, l. I., cap. XXIV.

Esta última aseveración carece de justicia: los cotidianos ejercicios de los jóvenes Espartanos, el salto, la carrera, la lucha, los juegos de lanzas y de discos, no podrían considerarse como ocupaciones del alma; y por otra parte, al aprender á hablar, los jóvenes atenienses aprendían también á pensar y á sentir.

Las escuelas de Atenas. — Solón, el legislador de Atenas, había colocado en la misma categoría los ejercicios del cuerpo y los del espíritu. Los niños, decía, deben antes que nada, aprender « á nadar y á leer. » Aún parece que la educación del cuerpo fué la primera preocupación de la república ateniense. En tanto que se abandonaba la organización de las escuelas de gramática y de música á la iniciativa privada, el Estado intervenía en la dirección de los gimnasios y el jefe del gimnasio ó gimnasiarca, era electo anualmente por la asamblea del pueblo. Sin embargo, la educación ateniense se convirtió más y más, sobre todo hacia el siglo décimosexto antes de Jesucristo, en una educación literaria.

El niño ateniense permanecía hasta los seis ó siete años, en poder de una nodriza y de una criada. Á la edad de siete años, un pedagogo, es decir un « conductor de niños » que era casi siempre un esclavo, quedaba encargado de vigilar al niño, y éste, bajo el cuidado de su pedagogo, frecuentaba sucesivamente la escuela de gramática, la escuela de gimnástica ó *palestra* (1), y la escuela de música. El gramático, que á veces daba sus lecciones al aire libre, en las calles y en las plazas públicas, enseñaba la lectura, la escritura y la mitología. Homero era el libro de lectura. La enseñanza de la gimnasia se daba paralelamente á la enseñanza gramatical y empezaba en las palestras para continuar más tarde en los gimnasios. La instrucción musical sucedía á los ejercicios de gramática y de gimnasia. El maestro de música ó *citarista* ejercitaba primero á sus discípulos á cantar y luego á tocar instrumentos de cuerda, la lira y la cítara. Sabido es el valor que los Atenienses

(1) La *palestra* era la escuela de gimnástica de los niños. El *gimnasio* estaba reservado para los adultos.

atribuían á la música. Platón y Aristóteles están de acuerdo en pensar que el ritmo y la armonía de la música infunden en las almas el amor al orden, la dulzura, la regularidad y ese no sé qué aplacador de las pasiones. Además, preciso es considerar que la música desempeñaba un papel importantísimo en la vida real de los Griegos. Las leyes se promulgaban cantando; para cumplir con los deberes religiosos se necesitaba saber cantar y la educación de Temístocles se tenía por descuidada, porque no sabía música. « Hay que considerar á los griegos, dice Montesquieu, como una sociedad de atletas y de combatientes; ahora bien, esos ejercicios, tan propios para formar gentes rudas y salvajes, necesitaban templarse con otros que pudieran suavizar las costumbres, y para ello, nada tan adecuado como la música que se posesiona del espíritu por los órganos del cuerpo (1). »

En las pequeñas escuelas de Atenas, por lo menos en su origen, reinaba severa disciplina. Aristófanes, al lamentarse de la molición de su época, recuerda en los siguientes términos el hermoso orden de las escuelas de antaño (2).

« Diré cuál era la antigua educación en los florecientes días en que yo enseñaba (la Justicia es quien habla) y en que reinaba la modestia. Entonces salían los niños de cada calle, con la cabeza descubierta y los pies descalzos, y juntos se dirigían, á pesar de la lluvia y de la nieve, y en el orden más perfecto, á la escuela de música. Allí se sentaban, tranquilos y modestos; no se les permitía cruzar las piernas y aprendían algunas bonitas canciones... El maestro les cantaba la canción lenta y gravemente... Si á alguno se le ocurría cantar con inflexiones afeminadas y rebuscadas, se le azotaba duramente. »

Las escuelas de retórica y de filosofía. — La gramática, la gimnasia y la música, en la acepción propia de la palabra, representaban, pues, la instrucción elemental del joven ateniense; pero esta instrucción estaba reservada para los ciudadanos acomodados. Los pobres, según las intenciones de Solón, no aprendían más que la *lectura*, la *natación* y un oficio. El

(1) Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. IV, cap. VIII.

(2) Aristófanes.

privilegio de la instrucción se hacía aún más exclusivo, cuando se trataba de las escuelas de retórica y de filosofía frecuentadas por los adolescentes.

No sería oportuno el decir aquí lo que eran esos cursos de literatura ni dar á conocer los métodos de esos maestros de retórica que enseñaban la elocuencia al primero que llegaba, en las plazas y en los gimnasios. Los sofistas, profesores ambulantes que iban de pueblo en pueblo, abriendo cursos que se hacían pagar á alto precio, enseñando á hablar sobre cualquier tema y á defender el error y la injusticia tan hábilmente como la justicia y la verdad, ilustraron, á la vez que envilecieron, la enseñanza de la elocuencia. Los filósofos fueron más dignos de su misión: Sócrates, Platón y Aristóteles han sido grandes profesores de moral. Sócrates, sin tener escuela, agrupó en torno suyo á jóvenes distinguidos y los inició en la ciencia y en la virtud. La *Academia* de Platón y el *Liceo* de Aristóteles fueron grandes escuelas de filosofía, verdaderas universidades privadas, dirigidas cada una por un solo hombre. La enseñanza que se daba en esas escuelas ha atravesado las edades y subsiste en libros imperecederos. Además, aquellos genios de Grecia nos transmitieron, ya métodos, ya ideas generales que la historia de la pedagogía debe recoger religiosamente, como los primeros esfuerzos serios de la reflexión humana en el arte de la educación.

Sócrates: el método socrático. — Sócrates consagró su vida á la enseñanza y enseñó según un método original que ha conservado su nombre. Tuvo el genio de la interrogación. Preguntar á cuántos encontraba, ya fuera en el gimnasio, ya en las calles; á los sofistas, para convencerlos de sus errores y confundir su arrogancia, á los jóvenes presuntuosos para enseñarles la verdad que ignoraban; interrogar á grandes y á pequeños, á los jefes de Estados y á los albañiles; ya á Pericles, ya á un tendero; preguntar siempre y en todas partes, tal fué la ocupación constante de Sócrates, tal la pasión de su existencia. Cuando se ponía á soñar en la vida futura, decía sonriendo que esperaba poder continuar en los Campos Eliseos las costumbres del ágora de Atenas é interro-

gar todavía á las sombras de los grandes muertos. Con Sócrates, la conversación llegó á ser un arte, y el diálogo un método. Casi nunca empleaba la forma didáctica, la enseñanza directa; dirigíase á su interlocutor, le rogaba que expusiese sus ideas, le hostigaba con preguntas á las veces algo sutiles y lo conducía hábilmente á reconocer la verdad en que él mismo pensaba; ó bien le dejaba extraviarse por un falso camino para descubrirle en seguida su error y gozar de su confusión; y todo eso, con maravilloso arte de análisis y con una fineza de razonamiento llevada casi al exceso, así como también con gran sencillez de lenguaje, con ejemplos tomados de la vida familiar, que bien podrían llamarse ejemplos intuitivos.

La ironía socrática. — Para darse cuenta exacta del método de Sócrates, hay, desde luego, que notar en él dos partes. Sócrates seguía una doble senda y buscaba un doble objeto.

En el primer caso, quería combatir el error, refutar las opiniones falsas y entonces recurría á lo que se ha llamado la *ironía* socrática (1). Hacía una pregunta, como cualquiera que tuviese, simplemente, el deseo de instruirse: si le respondían con la afirmación de un error, no protestaba y aun fingía compartir las ideas y los sentimientos de su interlocutor; y luego por medio de preguntas hábiles y á veces insidiosas, obligábale á desarrollar su opinión, á ostentar, por decirlo así, toda la extensión de su tontería y llevábale maliciosamente á consecuencias tan absurdas, tan contradictorias, que el interlocutor acababa por desconcertarse, por embrollarse en su conclusión y por confesar su error.

La mayéutica ó el arte de dar á luz los espíritus. — Análogos procedimientos constituyen la otra parte del método socrático, el que llamaba él mismo la *mayéutica* ó arte de dar á luz los espíritus.

Aquí, Sócrates, convencido de que el espíritu humano, recto por naturaleza, descubre por sí mismo

(1) La palabra griega εἰρωνεία, ironía, significa pregunta. Sócrates daba á sus preguntas un giro burlesco, irónico, y de aquí que esa palabra perdiese su primer significado para adquirir el que le damos actualmente.

ciertas verdades, por poco que se sepa conducirlo y estimularlo, hacia un llamamiento á la espontaneidad de su oyente, á su iniciativa, y lo encaminaba dulcemente, por pequeñas transiciones, á la opinión que quería hacerle admitir. Por lo demás, no aplicaba su método sino á la investigación de las verdades que pueden, ó ser sugeridas por las intuiciones del buen sentido y de la razón, ó determinadas por una inducción natural; es decir, las verdades psicológicas, morales y religiosas.

Ejemplos de ironía y de mayéutica. — Con ejemplos, sobre todo, es como puede darse una idea exacta del método socrático; y esos ejemplos hay que buscarlos en los escritos de los discípulos de Sócrates: en los *Diálogos* de Platón, tales como el *Gorgias*, el *Eutidemo*, etc.; y de preferencia, en las *Memorables* de Jenofonte, en que el pensamiento del maestro y sus costumbres de enseñanza están reproducidos más fielmente que en las atrevidas y originales composiciones de Platón. Citaremos, sin dejar de reconocer lo insuficiente de esos extractos, dos trozos en que está notablemente marcada, sea su crítica incisiva, sea su método sugestivo y fecundo:

Los treinta tiranos habían dado muerte á gran número de distinguidos ciudadanos y habían obligado á otros á que secundaran sus injusticias. « Causárame asombro, dijo Sócrates un día, que el guardián de un rebaño que degollara una parte de éste y pusiera más flaca á la otra, no quisiera confesar que era un mal pastor; pero sería aún más extraño que un hombre que se hallara á la cabeza de sus conciudadanos y destruyese una parte, corrompiendo el resto, no se avergonzara de su conducta y no confesara que era un mal magistrado. »

Túvose conocimiento de este discurso y Critias y Caricles hicieron comparecer á Sócrates, le enseñaron la ley y le prohibieron que tuviera conversaciones con los jóvenes.

Preguntóles entonces Sócrates si le era permitido dirigirles algunas cuestiones sobre lo que en aquella prohibición encontraba de oscuro, y en cuanto le contestaron afirmativamente: « Estoy dispuesto, les dijo, á someterme á las leyes; pero á fin de no violarlas por ignorancia, quisiera saber claramente de vosotros mismos, si prohibís el arte de la palabra porque creéis que está en el número de las cosas buenas ó porque está en el de las malas. En el primer caso, forzoso es, pues, en lo de adelante, abstenerse de hablar bien; en el segundo, claro está que hay que procurar hablar bien. » Entonces, Caricles, irritado, le respondió: « Puesto que no nos entiendes, te prohibimos, lo que es más fácil de comprender, que

converses con los jóvenes. — Para que se vea claramente, dijo Sócrates, si me aparto de lo que se me prescribe, indicadme hasta qué edad están los hombres en la juventud. — Están en ella, mientras no se les permite entrar al senado, porque no han adquirido todavía la prudencia; por tanto no hables á los jóvenes menores de treinta años. — Pero si quiero comprar algo á un mercader que tenga menos de treinta años, podré decirle ¿cuánto vale esto? — Se te permite esa pregunta; pero tienes costumbre de hacerlas sobre muchas cosas que sabes perfectamente y esto es lo que se te prohíbe. — Así pues, no contestaré al joven que me pregunte: ¿en dónde vive Caricles? ¿en dónde está Critias? — Puedes contestar á eso, dijo Caricles. — Pero acuérdate siempre, Sócrates, agregó Critias, de dejar en paz á los zapateros, á los fabricantes de metales y á otros artesanos; aunque pareceme que ya están cansados de saberse mezclados en todas tus conversaciones. — Sin duda, será también preciso, contestó Sócrates, que renuncie á las consecuencias que obtiene de sus profesiones, relativamente á la justicia, á la piedad, á todas las virtudes (1). »

En la última frase de este picante trozo, el tono se eleva, el pensamiento se vuelve grave: Sócrates sabía á las mil maravillas, unir el entusiasmo á la ironía.

He aquí ahora un pasaje en que Sócrates aplica la mayéutica para el establecimiento de una verdad moral, la creencia en Dios:

« Referiré la plática que en mi presencia tuvo un día acerca de la Divinidad con Aristodemo llamado el Pequeño. Sabía que Aristodemo no ofrecía nunca sacrificios á los dioses, que no consultaba á los oráculos y que hasta se burlaba de quienes observaban esas prácticas religiosas. — Contesta, Aristodemo, le dijo: ¿hay algunos hombres cuyo talento admiras? — Sin duda. — Dí cuáles son. — Admiro sobre todo á Homero en la poesía épica; á Melampides en el ditirambo; á Sófocles en la tragedia; á Polieieto en la estatuaría; á Zeuxis en la pintura. — Pero, ¿qué artistas te parecen más admirables: los que hacen figuras desprovistas de pensamiento y de movimiento ó los que producen seres animados y dotados de la facultad de pensar y de obrar? — Los que crean seres animados, siempre que esos seres sean obra de la inteligencia y no de la casualidad. — De las obras cuyo destino no se reconoce, ó de aquellas cuya utilidad se percibe á las claras ¿cuáles considerarás como la creación de una inteligencia y cuáles como el producto de la casualidad? — Es razonable atribuir á una inteligencia las obras que tienen un fin de utilidad (2). »

Y Sócrates muestra entonces á Aristodemo, cómo los diferentes órganos del cuerpo humano están admi-

(1) Dichos memorables de Sócrates, lib. I.

(2) Obra citada, lib. I.

rablemente apropiados para las funciones de la vida y para utilidad del hombre. De ejemplo en ejemplo, de inducción en inducción, teniendo siempre atento al espíritu de su oyente por las preguntas que le hace y las respuestas que le sugiere, y obligándolo á colaborar con él y á compartir todos sus razonamientos, lo conduce al fin que se propone, cual es el de hacerle reconocer la existencia de Dios.

La República de Platón. — « ¿Queréis formaros una idea de la educación pública? decía Juan Jacobo Rousseau. Leed la *República* de Platón. Es el más hermoso tratado de educación que se haya escrito. » No hay que participar en todo del entusiasmo de Rousseau. La *República* contiene, sin duda, algunas partes buenas de pedagogía sabia y práctica, pero, en conjunto, no es más que una utopía, un compuesto de paradojas y de quimeras. En la sociedad soñada por Platón, el individuo y aun la familia son sacrificados al Estado. La mujer se asimila al hombre, hasta el punto de verse sometida á los mismos ejercicios gimnásticos : es soldado como él. Los niños no conocen ya padre ni madre : desde su nacimiento son entregados á nodrizas comunes, verdaderos funcionarios públicos. En ese hogar común « se cuidará de que ninguna madre reconozca á su progenie. » Ya se comprende que al hacer tan pomposo elogio de la *República*, el paradójico autor del *Emilio* pensaba en preparar al lector para que acogiera con beneplácito sus propias quimeras.

La educación de los guerreros y de los magistrados. — Platón, por no sabemos qué recuerdo de la constitución social de los Indos, establece en la sociedad, tres castas : los labradores y los artesanos, los guerreros y los magistrados. La educación de los labradores y de los artesanos, es nula : para los hombres de esa casta, basta aprender un oficio. Platón, en política, es un aristócrata : desprecia al pueblo, á « ese animal robusto é indócil. » Agreguemos, sin embargo, que las barreras que levanta entre los tres órdenes sociales, no son infranqueables. Si un niño de la clase inferior da muestras de tener cualidades excepcionales, debe admitirsele en la clase superior ; y de igual modo

si un hijo de guerrero ó de magistrado es notoriamente incapaz é indigno de su clase merecerá la decadencia y se convertirá en labrador ó en artesano.

En cuanto á la educación que reserva para los guerreros y los magistrados, Platón determina sus reglas con cuidado minucioso. La educación de los guerreros comprende dos partes : la música y la gimnástica. La educación de los magistrados es una elevada instrucción filosófica : se les inicia en todas las ciencias y en la metafísica. Los jefes de Estado deben ser, no sacerdotes como en Oriente, sino sabios y filósofos.

La música y la gimnasia. — No obstante el conceder gran importancia á la gimnasia, Platón prefiere la música. Antes de formar el cuerpo, ese idealista quiere formar el alma ; porque según él, el alma es la que por su propia virtud da al cuerpo toda la perfección de que es capaz. Aun en los ejercicios físicos, el objeto debe ser el de aumentar el vigor del alma : « En los ejercicios corporales, nuestros jóvenes se pondrán, sobre todo, aumentar la fuerza moral. » Véase el retrato que hace del hombre que no ejercita más que su cuerpo : « Conságrese un hombre á la gimnasia ; ejercítese, coma mucho, y desprecie enteramente la música y la filosofía, y su cuerpo adquirirá fuerzas desde luego..... Pero si no hace más que eso, si no tiene ningún comercio con las Musas y si por más instinto de aprender que tuviera su alma, no la cultivase con ninguna ciencia, con ninguna investigación, con ningún discurso, en una palabra, con ninguna parte de la música, es decir de la educación intelectual, esa alma llegará, insensiblemente, á ser débil, sorda y ciega... Á semejanza de la bestia feroz, vivirá en la ignorancia y la ordinariez, sin gracia ni cortesía. »

No por esto desdeña Platón la salud y la fuerza físicas ; por el contrario, le reprocharemos el que haya convertido en ley, para los ciudadanos de su República, el estar bueno y sano, excluyendo de ésta á aquellos á quienes sus enfermedades y la debilidad de su temperamento condenan á « arrastrar una vida agonizante. » En la ciudad de Platón, como en la mayor parte de las sociedades antiguas, el derecho de

vivir no pertenece más que á los hombres sanos de cuerpo; á los débiles, á los raquíticos, á todos aquellos cuyo temperamento está mal constituido, no se les matará, — Platón no llega hasta ese grado, — pero lo que viene á ser casi lo mismo, « se les dejará morir. » El bien del Estado exige que se sacrifique el hombre impropio, por su salud, para cumplir los deberes cívicos. Doctrina cruel é implacable que asombra en aquel á quien Montaigne llamaba el divino Platón y que asombra más todavía cuando vuelve á encontrarse en filósofos contemporáneos á quienes las inspiraciones de la caridad cristiana ó de la fraternidad humana habrían debido preservar de tan desapiadada dureza. ¿Acaso el mismo Herbert Spencer no censura á las sociedades modernas porque alimentan á los incapacitados y asisten á los enfermos?

La religión y el arte en la educación. — Platón se había formado una elevada idea de la importancia del arte en la educación, lo que no le impedía ser severo para algunas de sus formas, principalmente para la comedia y la tragedia y para la poesía en general. Quiere que se expulse de la ciudad á los poetas y que se les conduzca hasta la frontera, sin dejar, por eso, de rendirles homenaje con los perfumes que se verterán sobre sus cabezas y con las flores con que se les corone. No admite más poesía que la que reproduce las costumbres y los discursos del hombre honrado, ó celebra las grandes acciones y canta la gloria de los Dioses. Moralista riguroso y adorador de la bondad divina, condena á los poetas de su tiempo, sea porque atribuyen á la Divinidad los vicios y las pasiones de los hombres, sea porque inspiran cobardes terrores en las imaginaciones, al hablar del Cocito y de la Estigia, presentándoles un infierno espantoso y dioses siempre encarnizados en perseguir al género humano. Platón dijo en otra parte, en el libro de las *Leyes*, cómo entendía la religión. Los libros religiosos que se dan á los niños, dice, deben elegirse con tanto cuidado como la leche de la nodriza. Dios es una bondad infinita que vela sobre los hombres y hay que honrarla no con sacrificios y vanas ceremonias sino con la justicia y con la virtud.

Para moralizar á los hombres, Platón confía más en el arte que en el sentimiento religioso. Amar las letras, mantener comercio con las Musas, practicar la música y el baile, tal es para los grandes espíritus de Atenas el natural encaminamiento hacia la perfección moral. En su juicio, la educación moral es, sobre todo, una educación artística y el alma se eleva al bien por lo bello. « Bello y bueno » (*καλός καὶ ἀγαθός*) son dos palabras constantemente asociadas en la lengua de los Griegos. Aun hoy tendríamos mucho provecho que sacar, de reflexiones como éstas :

« Es preciso, dice Platón, buscar artistas hábiles y capaces de seguir fielmente la naturaleza de lo bello y lo gracioso, á fin de que los jóvenes, educados entre sus obras como en un aire sano y puro, reciban sin cesar saludables impresiones por la vista y el oído, y con el objeto de que desde la niñez todo los guíe insensiblemente á amar, á imitar la belleza y á establecer entre ella y ellos, un acuerdo perfecto. ¿Acaso la música no es la parte principal de la educación, porque el número y la armonía, al penetrar en el alma, se apoderan de ella y hacen que tras ellos entre la gracia, cuando la educación se da como conviene en tanto que todo lo contrario ocurre cuando se la descuida? Un joven educado en la música como se debe, percibirá con la mayor perspicacia, todo lo que hay de imperfecto y defectuoso en las obras del arte ó de la naturaleza y se afectará justamente; á la vez, ensalzará lo que encuentre hermoso; le dará entrada en su alma, lo convertirá en alimento suyo y así se formará para la virtud, en tanto que sentirá un desprecio y una aversión naturales hacia lo que encuentre de vicioso; y esto, desde la más tierna edad y antes de que lo iluminen las luces de la razón; pero en cuanto ésta haya llegado, la abrazará como á una amiga, para cuyo conocimiento le habrá preparado la música. »

La alta educación intelectual. — La educación intelectual de los guerreros, en la *República* de Platón, es exclusivamente literaria y artística; la de los magistrados es, además, científica y filosófica.

Después de recibir hasta los veinte años la instrucción ordinaria, el futuro magistrado será iniciado en las ciencias abstractas: matemáticas, geometría y astronomía. A esta educación científica, que durará diez años, seguirá, durante cinco, el estudio de la dialéctica, es decir de la filosofía, que desarrolla la facultad más elevada del hombre, la razón, y le enseña á descubrir, más allá de las fugaces apariencias del mundo sensible, las verdades eternas y la esencia de

las cosas. Pero Platón prolonga aún más la educación de sus magistrados. Después de haberlos nutrido de razonamientos y de intuiciones intelectuales, los vuelve á sumir en la vida práctica, á los treinta años, mandándolos al cuartel y haciéndolos pasar por todos los empleos civiles y militares, hasta que, por fin, á los cincuenta años y ya en posesión de todas las cualidades que da una experiencia consumada, unida á una ciencia profunda, sean aptos para encargarse del poder. En la *República* de Platón, no se improvisaban los hombres de Estado.

Y sin embargo, hasta en esa instrucción cumplida, Platón deja subsistir dos grandes vacíos: por una parte, omite absolutamente las ciencias físicas y naturales, porque en su idealismo, las cosas sensibles, imágenes vanas y falaces, no le parecen dignas de ser tomadas en consideración por el espíritu; y por otra, aunque posterior á Herodoto y contemporáneo de Tucídides, no habla de la historia, sin duda por desprecio á la tradición y á lo pasado.

Las Leyes. — En las *Leyes*, obra que escribió en su vejez, Platón desaprobó en parte las quimeras y atenuó las audacias de la *República*. El filósofo baja de nuevo á la tierra y se digna acomodarse al estado real de la humanidad. Renuncia á la distinción de castas sociales, y sus preceptos, muy prácticos y muy minuciosos, se aplican indistintamente á todos los niños (1).

Citemos desde luego esta hermosa definición del objeto de la educación. « La buena educación es la que da al cuerpo y al alma toda la belleza, toda la perfección de que son capaces. » En cuanto á los medios, parece que Platón vacila entre la doctrina del esfuerzo y la del trabajo atractivo. Por una parte, en efecto, dirá que la educación es una disciplina bien entendida y que por *via de distracción* (2),

(1) Véase, sobre todo, el VII libro de las *Leyes*.

(2) Véase también el siguiente pasaje: « Un espíritu libre no debe aprender nada como esclavo... La lección que se hace entrar por fuerza en el alma no permanecerá en ella. No gastéis, pues, violencia con los niños y haced, más bien, que se instruyan jugando. »

conduce el alma del niño á amar lo que debe hacerlo cumplido. » Por otra parte, protesta contra la debilidad de los padres que procuran evitar todo pesar, todo disgusto á sus hijos. « Estoy persuadido de que ese cuidado en halagar los gustos de los niños es la cosa más propia para corromperlos... No debemos buscar el placer con demasiado apresuramiento, puesto que nunca hemos de estar completamente exentos de dolor. »

Mencionemos también esta definición de los efectos de una buena educación: « Llamo educación á la virtud tal como se manifiesta en los niños, cuando los sentimientos de alegría ó de tristeza, de amor ó de odio que se producen en su alma están de acuerdo con el orden. »

Sentados estos principios, Platón entra en los detalles: recomienda sucesivamente el uso de los pañales; la costumbre de mecer á los niños; los juegos naturales que el niño encuentra por sí mismo; la separación de los sexos, pasada la edad de seis años; la equitación, el arco y la jabalina para los jóvenes; la lucha, que da la fuerza corporal y el baile, que da la gracia; la lectura y la escritura, retardadas hasta los diez años de edad y que se aprenderían durante tres años....

Pero sería muy largo seguir hasta el fin al filósofo que en las reglas que propone se acerca mucho á las prácticas seguidas por los Atenienses de su época. La *República* era una obra de imaginación pura; las *Leyes* no son más que el comentario de la realidad; sólo que en ellas se encuentra de nuevo lo que fué el alma misma de Platón, el deseo constante de una moralidad superior.

Jenofonte. — Jenofonte obedeció, como pedagogo, á dos influencias distintas. Su maestro Sócrates fué su genio tutelar. El libro gracioso y encantador, la *Económica*, fué escrito bajo la dulce y templada inspiración del gran sabio ateniense; pero Jenofonte tuvo también su ángel malo: el inmoderado entusiasmo que sentía por Esparta y por sus instituciones y leyes. El primer libro de la *Ciropeдия*, en que expone las reglas de la educación de los Persas, es una imitación poco afortunada de las leyes de Licurgo.

La Económica y la educación de la mujer. — Hay que leer la *Económica*, delicado bosquejo de la educación femenil. De ese librito puede repetirse lo que dijo M. Renan de los eseritos de Plutarco sobre el mismo asunto : « ¿ En dónde se hallaría un ideal más encantador de la vida de familia ? ¿ Cuánta placidez ! ¿ Qué dulzura de costumbres ! ¿ Qué sencillez tan casta y amable ! » Antes del matrimonio la joven ateniense sólo ha aprendido á hilar la lana, á ser sobria, á no hacer preguntas : virtudes todas negativas. A su marido es á quien Jenofonte confía la misión de formar su espíritu y de enseñarle los deberes positivos de la vida de familia : el orden, la economía, la bondad con los esclavos y la ternura con los niños. En realidad, la mujer ateniense estaba reducida todavía á un lugar subalterno. Encerrada en el gineceo, sólo por excepción aprendía á leer y á escribir y era muy raro que se la iniciase en las artes y en las ciencias. La idea de la dignidad humana, del valor de la humana persona, aún no había nacido. El hombre no valía más que en razón á los servicios que podía prestar al Estado, á la ciudad, y de ésta no formaba parte la mujer. Jenofonte tuvo el mérito de elevarse por cima de las preocupaciones de su tiempo y de acercarse al ideal de la familia moderna, llamando á la mujer para que participase más íntimamente de los asuntos de la casa y de las ocupaciones del hombre (1).

La Ciropedia. — No merece la *Ciropedia* iguales elogios. So pretexto de describir la organización de la sociedad persa, Jenofonte trazó, á su modo, el plan de una educación completamente uniforme y exclusivamente militar. No hay en él ni educación doméstica, ni libertad individual, ni el menor cuidado de las letras ni las artes. Al joven persa, se le alista en las filas desde que sale de la infancia y no debe ya abandonar la plaza de armas, ni aun en la noche. La ciudad no es más que un campamento : la existencia humana, una perpetua parada militar. Montaigne alaba á Jenofonte el haber dicho que los Persas ense-

(1) Véanse sobre todo los capítulos VII y VIII.

ñaban la virtud á los niños « como las demás naciones hacen las letras » ; pero es difícil darse cuenta de los métodos que se seguirían en esas escuelas de justicia y de temperancia y es permitido dudar de la eficacia de los medios propuestos por Jenofonte, como, verbigracia, de aquel que consistiría en transformar las pequeñas rencillas de los colegiales en procesos regulares que dieran lugar á juicios y á absoluciones ó á condenaciones. Mejor inspirado se manifiesta el autor de la *Ciropedia* cuando acordándose de sus propios estudios, recomienda que se estudie la historia si se quiere llegar á ser justo. En cuanto á la temperancia, quizás la impone más de lo que la enseña á sus discípulos : no les da más que pan por alimento, barro como salsa y agua como bebida.

Sean cuales fueran los defectos y extravagancias de la *Ciropedia*, para disculparlos en parte hay que recordar que al escribirla y al trazar el cuadro de una vida sencilla, sobria y valerosa, Jenofonte pensaba, sin duda, en poner un dique á los excesos de la vida elegante y refinada de Atenas. Así como Rousseau, en el siglo XVIII protestaba contra las licencias y las costumbres artificiales de su época, aconsejando el quimérico retorno á la naturaleza, así también Jenofonte, contemporáneo de los sofistas, oponía á las degeneradas costumbres de los griegos y á los refinamientos de una civilización avanzada, las virtudes salvajes de los Persas.

Aristóteles : carácter general de su pedagogía.

— Por su vasta instrucción y sus conocimientos enciclopédicos ; por la dirección experimental de sus investigaciones ; por las tendencias positivas y prácticas de su genio, Aristóteles estaba llamado á ver más claro que Platón en los asuntos de pedagogía. Agreguemos que tiene, además, sobre él la ventaja de haber conocido y gustado las dulzuras de la vida de familia y de haber amado y educado á sus propios hijos, de los cuales decía : « Los padres aman á sus hijos como una parte de sí mismos. » Agreguemos, en fin, que había practicado el arte de la educación, puesto que de 343 á 340 fué preceptor de Alejandro.

Tales condiciones, unidas á la fuerza del genio más

poderoso que haya existido, prometen un pedagogo avisado y competente. Por desgracia, hase perdido el tratado *sobre la Educación* (*περὶ παιδείας*) que compuso Aristóteles según lo atestigua Diógenes de Laercio, y para entrever sus ideas sobre la pedagogía, sólo disponemos de algunos esbozos imperfectos y de algunas partes mutiladas, de sus obras sobre la moral y la política.

Cuando se trabaja en consolidar la familia y en estrechar sus lazos, se trabaja también en pro de la educación. Ya sólo con esto, Aristóteles mereció bien de la pedagogía. Criticó enérgicamente el comunismo de Platón. La amistad, lo que hoy llamaríamos la caridad ó la fraternidad, la amistad, decía, es la garantía, el principio de la vida social; ahora bien, el comunismo debilita la amistad desliéndola, del mismo modo que un poco de miel puesta en gran cantidad de agua, pierde todo su sabor... « Dos cosas hay que contribuyen esencialmente á hacer nacer el interés y la adhesión en el corazón de los hombres: la propiedad y la amistad. » Esto era rehabilitar, en nombre del buen sentido, y contra las quimeras de Platón, los derechos de la familia y del individuo (1).

Educación pública. — Sin embargo, Aristóteles no llega, como podrían hacerlo creer esas premisas, al punto de dejar á los padres el cuidado de la educación de sus hijos. De acuerdo con las tendencias generales de la antigüedad, declárase partidario de la educación pública y común. Aplaude á los espartanos porque quisieron que « la educación fuese la misma para todos ». — « Como existe, dice, un objeto único, un fin que es el mismo para toda sociedad civil y que consiste en aprender la virtud, dedúcese que la educación debe ser una é igual para todos los miembros de la sociedad. Al legislador corresponde reglamentar ese objeto para todos los ciudadanos. » El Estado intervendrá, pues, no como quería Platón desde el nacimiento de los niños para amamantarlos, sino sólo á la edad de siete años para instruirlos y educarlos en hábitos virtuosos.

(1) Véase especialmente la *Política*, libros IV y V.

¿Cuál debía ser, por otra parte, la educación del niño, y á qué fines dirigía Aristóteles sus estudios?

Desarrollo progresivo de la naturaleza humana. — Una distinción esencial é indiscutible sirve de punto de partida al filósofo griego. Hay, dice, tres momentos, tres grados en el desarrollo del hombre: primero, la vida física del cuerpo; luego el instinto, la sensibilidad, la parte irracional del alma, y por último, la inteligencia ó la razón. Aristóteles concluye que debe graduarse, conforme á esos tres grados de la existencia, la progresión de los ejercicios y de los estudios. « El cuerpo debe ser necesariamente antes que el alma, objeto de los primeros cuidados; y enseguida, la parte del alma donde radican los deseos. » Pero agrega, lo cual es muy interesante y refuta á Rousseau de antemano, « que no hay que dejar de atender á la inteligencia, en los cuidados que se dan á la sensibilidad, ni al alma en los que se otorgan al cuerpo. »

Educación física. — Hijo de un médico de la corte de Macedonia y muy versado también en las ciencias naturales, Aristóteles trata con señalada complacencia de la educación física. Esta empieza antes de que el niño nazca; aun antes de que sea concebido; y de aquí: reglamentación legal de los matrimonios; prohibición de las uniones demasiado precoces ó demasiado tardías; indicación de las condiciones climatológicas que convienen más para la época del matrimonio (el invierno y el viento del Norte); sabios consejos sobre la higiene de la madre durante la gestación; luego recomienda el amamantamiento por la madre y los baños fríos: tales son los puntos principales de un régimen que no desaprobaba un higienista moderno.

Educación intelectual y moral. — En cuanto á la educación intelectual, Aristóteles es de opinión que no debe comenzar antes de la edad de cinco años; pero según el principio sentado en líneas anteriores, ese período de espera no ha de ser inútil para la inteligencia del niño, y hasta sus juegos deben servir de preparación para los ejercicios á los cuales se entregará en edad más avanzada. Por otra parte, Aristó-

teles insiste mucho en la necesidad de apartar al niño de toda clase de influencias perniciosas que provienen de la compañía de los esclavos ó de los espectáculos inmorales.

Aristóteles, como todos sus contemporáneos, incluye entre los elementos de la instrucción, la gramática, la gimnasia y la música, y agrega el dibujo; pero da preferencia á la música, en virtud de la influencia moral que le atribuye. Participa de la preocupación que hacía decir á los Griegos que para relajar ó reformar las costumbres de un pueblo, bastaría agregar ó suprimir una cuerda en la lira.

La educación moral preocupó mucho á Aristóteles, y como Platón, insiste en la necesidad de formar con el mayor cuidado, los hábitos morales de la infancia. Además, en algunos de sus escritos sobre la Ética, trató de las diversas virtudes humanas con un modo de ver prudente y práctico, no falto de elevación. Nadie celebró como él la justicia, de la que dice : « Ni el astro de la tarde, ni la estrella matutina, inspiran tanto respeto como la justicia. »

La expresión completa de la pedagogía de Aristóteles no debe buscarse en las miras teóricas é incompletas que contiene la *Política*, sino que es preciso unir á ellas el recuerdo de la admirable enseñanza que dió él mismo en el *Liceo* y que en su vasto programa, comprendía casi todas las ciencias. Sólo excluía de ella las ciencias y las artes que tienen un carácter mecánico y utilitario. Subyugado, en este punto, por las preocupaciones de la antigüedad, consideraba como servil, como indigno de un hombre libre, todo lo que tiende á la utilidad práctica y material. Sólo proponía á sus oyentes los estudios intelectuales, aquellos que no tienen más objeto que el de elevar el espíritu y llenarlo de nobles pensamientos.

Defectos de la pedagogía de Aristóteles y en general de la pedagogía griega. — Fuerza es confesarlo para concluir : por mucha admiración que nos cause la pedagogía de Aristóteles, tiene el defecto, como la de todos los escritores griegos, de no ser sino una pedagogía aristocrática. La educación soñada por Platón y por Aristóteles sólo se reservaba para una

corta minoría y más aún : no era posible sino porque de ella estaba excluida la mayoría. Los esclavos, encargados de alimentar á sus semejantes y de procurarles los goces que reclama Aristóteles, tan poco participaban de la educación como de la libertad ó de la propiedad. No olvidemos que en el siglo de Pericles, una de las épocas más hermosas de la República ateniense, había en Atenas más de cuatrocientos mil esclavos para servir á veinte mil ciudadanos libres. Para admirar como se debe la pedagogía griega, tenemos, pues, que desprenderla de su cuadro y considerarla en sí misma, fuera del reducido plano sobre el que se construían las ciudades griegas, fuera de ese régimen social que sólo aseguraba la educación para unos cuantos perpetuando la opresión de la mayoría.